

Las décadas de un crítico

Emmanuel Carballo

En este breve y sustancioso repaso autocrítico, Emmanuel Carballo recorre su trayectoria literaria desde sus primeros tiempos como escritor, a fines de los años cuarenta, hasta los años ochenta del siglo pasado. Cuatro décadas de polémicas, anécdotas y una irrenunciable voluntad crítica atraviesan este texto que ilumina y da sentido a buena parte de la literatura mexicana.

I

LOS CINCUENTA

1. Comencé a escribir a finales del 47 y principios del 48 y a publicar en revistas casi confidenciales en 49. Producía, que no creaba, poemas y cuentos.

Desde muy joven tuve la idea de surgir no como un escritor aislado sino como parte de una generación en la que hubiera poetas, narradores, ensayistas, críticos y dramaturgos; desde entonces data mi interés por intervenir en la política cultural. Nunca me interesó el poder político ni el económico, sí el poder cultural bien entendido. Fundé una revista pequeña, *Ariel* (1949-1953), que parecía por su formato un cuaderno escolar. El problema comenzó cuando mis compañeros me entregaban solamente materiales de creación y ningún texto de crítica literaria. Empecé entonces a redactar notas que firmaba con mi nombre y seudónimos como Mario Cálleros y Salustio Pérez.

Mis compañeros y yo tuvimos la habilidad de entender el tiempo en que vivíamos. Empezamos a publicar las nuevas artes visuales, que nada tenían que ver con los Tres Grandes ni con la Escuela Mexicana. Publica-

mos textos sobre Tamayo, Reyes Ferreira, Barragán, Pallen y otros. Mathias Goeritz, que por esos años ejercía la docencia en Guadalajara, nos orientaba con indicaciones de vanguardia.

El año de 1950 realicé en mi casa (porque no había galerías en la ciudad) la primera exposición de escultura abstracta que se montó en el país. Signo de los tiempos: Henrique González Casanova nos atacó en su columna de "México en la Cultura", suplemento de *Novedades*, y nos tildó de candorosos agentes de la CIA. Al difundir este tipo de pintura, dijo, socavábamos nuestra nacionalidad.

Me interesaba todo lo que se entendiera por literatura. Me dediqué a la poesía, al cuento, a la crítica, a la investigación. Como grupo íbamos a dar conferencias en ciudades cercanas a Guadalajara. Trabajaron conmigo Carlos Valdés, Enriqueta Ochoa, Ernesto Flores y Alfredo Leal Cortés.

En ningún momento estuvimos alejados de los escritores de mi generación que vivían en la Ciudad de México, como Jaime Sabines, Emilio Carballido, de quien publiqué los dos únicos poemas que escribió en su vida; de Jaime imprimí uno de los textos poéticos que agrupó en su primer libro, *Horas*. Sostuve una corta amistad con Jesús Arellano que terminó, por su parte, en un

gran odio. Él y yo (así lo veo ahora) nos proponíamos hacer lo mismo desde distintos puntos de vista. En esta disputa yo era el del talento y él el de las ganas. Sin embargo hubo coincidencias: editamos varias revistas, dijimos en voz alta lo que pensábamos y nos atrevimos a hablar mal de gente consagrada.

2. A fines de 1951 Agustín Yáñez llegó como candidato a gobernador. Ya lo conocía por carta, había leído *Al filo del agua*, *Archipiélago de mujeres* y *Flor de juegos antiguos*, y lo admiraba. Me pidió que fuera su secretario particular. Le contesté: “Don Agustín, si yo fuera el gobernador de Jalisco y usted un joven escritor tapatío con enormes ganas de emigrar y le ofreciera la secretaría particular, ¿la aceptaría?”. Me contestó que no. Le pedí que me ayudara a conseguir una beca en el Centro Mexicano de Escritores.

Mi gran ilusión entonces era trasladarme a la Ciudad de México. Tenía tres sueños: escribir en el suplemento cultural de *Novedades*, publicar en la revista *Sur* de Victoria Ocampo y conocer a Alfonso Reyes. Mis tres deseos se cumplieron.

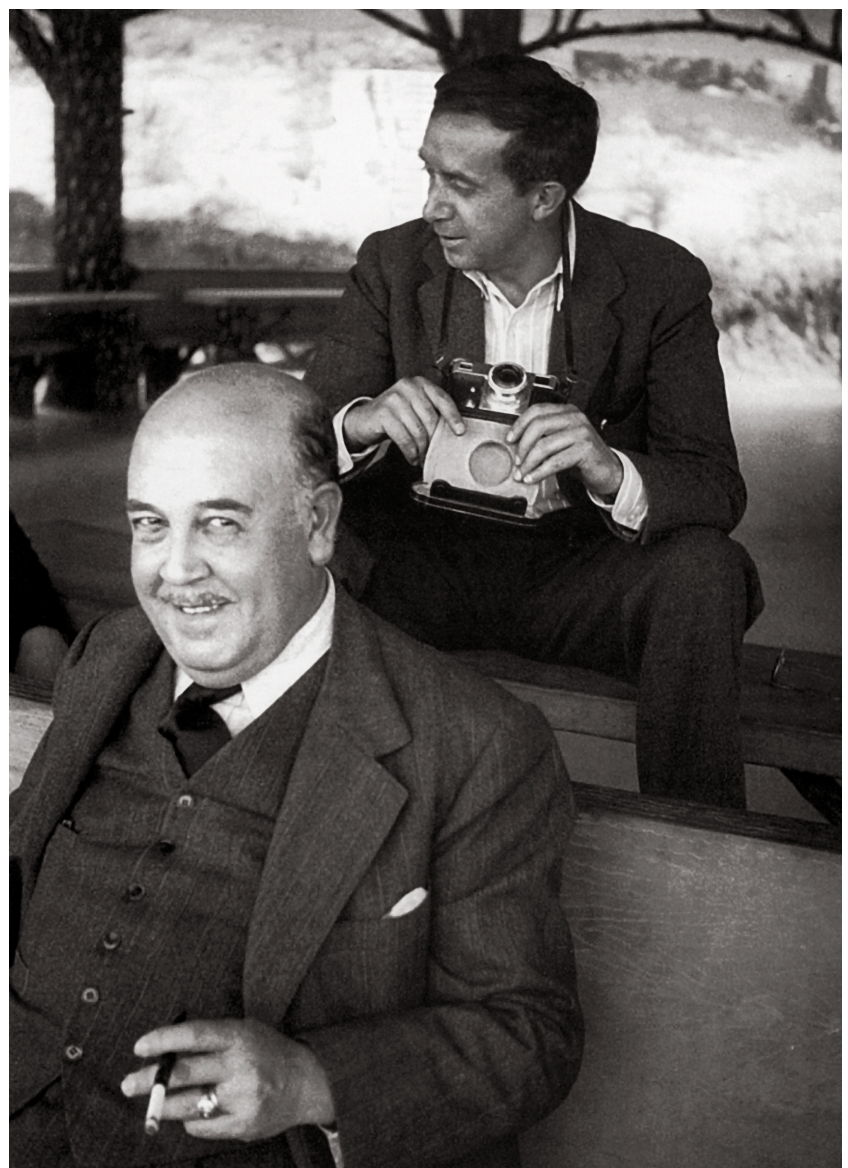
3. Llegué a México tal como me lo había propuesto: Yáñez me recomendó, y José Luis Martínez, que era ya mi amigo, avaló la propuesta: así conseguí ingresar en el Centro Mexicano de Escritores patrocinado por la Fundación Rockefeller. Mis compañeros fueron gente talentosa como Alí Chumacero, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Luisa Josefina Hernández, Rosario Castellanos, Jorge Ibargüengoitia, Jorge Portilla. Disfruté la beca durante dos años: 1953-1954 y 1954-1955.

En esos años coexistimos escritores norteamericanos y mexicanos. Ellos trabajaban con ciencia y paciencia, dejaban en sus textos lo mejor de sí mismos. Nosotros escribíamos lo indispensable (de buena calidad, por supuesto) para cumplir el contrato. En las largas reuniones críticas semanales ellos entablaban verdaderas batallas, se hacían pedazos al exponer sus puntos de vista y al concluir las sesiones abandonaban el salón satisfechos y felices. Nosotros nos marchábamos insatisfechos de nuestra propia cobardía. La crítica había sido superficial y chapucera: todo nos había parecido magnífico. Sólo unas cuantas veces la palabra magnífico fue justa y aun quedó corta: las tardes en que Juan Rulfo leyó fragmentos de *Pedro Páramo*.

Gracias a Alí conocí a Henrique González Casanova y por éste a Fernando Benítez. González Casanova me ayudó también para entrar a Difusión Cultural de la UNAM; Benítez me aceptó en el suplemento de *Novedades*. Es curioso, no entré al periódico como colaborador sino como entrevistado.

Llegué a la Ciudad de México el 13 de septiembre del 53. A fines de octubre, enviada por Juan José Arreola, me entrevistó Elena Poniatowska. En esa charla realicé un *show*, el primero de los tantos que he montado en

casi sesenta años de activa vida literaria. Hablé de nuestros grandes escritores: dije que Reyes era un escritor para escritores, más prosista que poeta, que era muy importante por su labor total y su pasión por las letras, que si yo fuera el presidente de la literatura mexicana pondría como examen de admisión a los novísimos escritores el conocimiento de su obra, y quien reprobara la asignatura no tendría derecho a publicar su primer libro; dije que Villaurrutia era el modisto autóctono mejor cotizado de su grupo, un diseñador cuyas galas por viejas no se mostraban ya en las pasarelas, mejor ensayista que poeta; dije del doctor González Martínez que la única operación que debió haber hecho no la hizo: torcerle el cuello al búho; dije que buena parte de la literatura mexicana estaba inmersa todavía en el jicarismo y el sarapismo, que éramos demasiado nacionalistas, regionalistas, que ya estábamos hartos de la Escuela Mexicana de Pintura, de la Novela de la Revolución, y que los escritores de mi generación, en Guadalajara, éramos más sagaces en artes visuales que los de la Ciudad de México; me lancé contra los adocenados escritores del siglo XIX (que aún no conocía a fondo) y contra su pedagogía ru-



Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, 1940



Inés Arredondo

pestre. Elena Poniatowska publicó mis afirmaciones con total profesionalismo.

La entrevista se comentó ampliamente. La Peña del Sanborns de Madero, compuesta por gente que trabajaba en Difusión Cultural de la UNAM y en Literatura de Bellas Artes (Andrés Henestrosa, Ricardo Garibay, Fausto Vega, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, Enrique González Rojo), se pitorrearon del tono altisonante de la entrevista. Algunos juicios les parecieron graciosos, otros escandalosos, otros equivocados. Éramos trescientos y algunos más y la entrevista fue la comidilla del día.

Las páginas dos y tres del suplemento de la siguiente semana las dedicó Benítez íntegramente a burlarse de mí: se dijo que fue mi debut y mi función de despedida, que había atentado contra el pesebre del cual pensaba comer y que me había cerrado para siempre todas las puertas.

4. Fernando, que poseía auténtico sentido periodístico, me “perdonó” y empecé a publicar crítica literaria en una columna llamada “El Libro de la Semana”. Y cada siete días, como por obligación, conseguía un enemigo más. Llegué a ser el crítico más connotado no por mi sapiencia ni inteligencia sino por la necesidad imperiosa de que alguien se atreviera a decir lo que pensaba.

Ataqué lo que creía mi deber atacar y me opuse a valores que cotizaban a la alza indebidamente en el mercado. Defendí lo que debía defender, por ejemplo, a los verdaderos y admirables escritores de la generación del Ateneo de la Juventud. La crítica sustentaba criterios pueriles: no leía a Vasconcelos porque era reaccionario; no leía a Martín Luis Guzmán porque era villista y en ese momento estaba de moda Zapata; no leía a Torri porque su parquedad de tan perfecta era un lujo innecesario.

Empecé por ese entonces mis largas y minuciosas entrevistas, en las que afirmaba con satisfacción que Reyes era grande pero no el único. Y de pasada recordaba a los lectores que no habían leído correctamente al autor regiomontano: su verdadera lección consistía en enseñarnos a escribir y pensar correctamente. Sus búsquedas y hallazgos nos ayudaron a encontrar nuestro propio camino. Me interesaban también el iconoclasta Vasconcelos, el preciso y contundente Guzmán, el ilusionista Torri, quien nos convencía de que la literatura era más verdadera que la vida cotidiana.

Me tocó escribir el primer artículo serio sobre el valor de Arreola y Rulfo como cuentistas; predije que Ricardo Garibay nunca sería un gran escritor; deduje, y el tiempo tardó varios años en darme la razón, que Arreola sería considerado como uno de nuestros grandes prosistas, a la altura de Rulfo.

Fueron años definitivos para la literatura mexicana y para mí. Ésta no sería lo que es hoy sin esos años: sería distinta y no para bien. En 1955 fundamos Fuentes y yo la *Revista Mexicana de Literatura*; poco antes Arreola echó a andar una idea nuestra, de los jóvenes que trabajábamos en Difusión Cultural, *Poesía en voz alta*, idea que desarrollarían más tarde Octavio Paz, Juan Soriano y Héctor Mendoza. Se puso en práctica y cambió el teatro mexicano de vanguardia.

5. Antonio Castro Leal publicó años antes que nosotros la *Revista de Literatura Mexicana*. Fuentes y yo invertimos el orden de las palabras: *Revista Mexicana de Literatura*. La revista se hacía en México pero publicarían en ella Borges, Sartre, Miller, Graham Greene. Tomamos la estafeta universalista de los modernistas, los ateneístas y los contemporáneos, y batallamos sin descanso contra el marxismo rutinario y la derecha analfabeta. Lo peor que te podían decir en ese entonces era puto o trotskista. Y así nos llamaron a nosotros numerosas veces nuestros enemigos. Trotskista era algo así como revisionista u hombre que en vez de elegir para pernoctar una bella casa se conformaba con un cuartucho de cartón y hojalata.

“México en la Cultura” cumplía en esos años una función destacada: conducir a nuestras letras por el camino del universalismo y la modernidad. Quien tampoco estaba de acuerdo con el nacionalismo de pacotilla

y la Revolución hecha gobierno era Jaime García Terrés. El juego que jugaba en ese momento me parecía el correcto: afirmar que la Revolución había muerto. Casi todos nosotros coincidíamos en ese punto.

García Terrés me invitó a ocupar el puesto de secretario de redacción de la *Revista de la Universidad de México*, en sustitución de Carlos Fuentes. La revista contribuyó al afianzamiento de nuestra generación y al surgimiento de la posterior a la nuestra. Esto debemos reconocérselo a Jaime. Allí colaboraron, entre otros, Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco y Sergio Pitol. Los tres últimos, a quienes conocí en distintos momentos y contextos diferentes, me parecieron muy talentosos; rápidamente se los presenté a Benítez, con quien congeniaron de inmediato.

6. Los años comprendidos entre 1947 y 1955 fueron excelentes para la literatura mexicana: *Al filo del agua*, *El gesticulador*, *Subordinaciones*, *Libertad bajo palabra*, *Los días terrenales*, *Varia invención*, *El laberinto de la soledad*, *Rosalba y los Llaveros*, *Los signos del zodiaco*, *Confabulario*, *El Llano en llamas*, *Moctezuma II*, *Los días enmascarados*, *Pedro Páramo*... En esos años, y en los inmediatamente posteriores, la Ciudad de México dejó de ser una aldea y empezó a ser una verdadera ciudad o, más bien, una metrópoli. Pasamos del nacionalismo a la universalidad y fuimos parricidas muy a la mexicana, es decir, buscamos bellos sepulcros para nuestros muertos y tomamos del pasado lo que más nos convenía.

La aparición de Letras Mexicanas en el catálogo del Fondo de Cultura Económica fue para el gremio un avance. Antes los escritores dependían de Andrés Botos y de los dos mayores difusores con que ha contado desde siempre nuestra literatura: el gobierno y las ediciones costeadas por los propios autores. El autor escribía, mandaba editar sus manuscritos y regalaba a sus amigos los productos de su talento.

Letras Mexicanas, dirigida por Alí Chumacero y Joaquín Díez-Canedo, dio un inesperado campanazo que despertó a nuestro agónico mundo editorial. Si su plan de trabajo era no sólo correcto sino brillante, el *boom* Arreola-Rulfo-Fuentes le dio una inesperada notoriedad internacional. Publicar en ella era para el autor un privilegio y para el lector un placer. A partir de los veinte primeros títulos, o un poco antes, la serie tuvo que aceptar, por razones económicas, a autores como Luis Spota y Rafael Solana.

Delimitados sus propósitos, Letras Mexicanas estaba muy por encima de la mayoría de los originales de la joven producción literaria. Por ello, y otras razones entre artesanales y económicas, Juan José Arreola empezó a publicar en 1954 pequeños libros de jóvenes autores a quienes se les auguraba un porvenir sin vaivenes. El título de la serie era Los Presentes. Bellos por fuera y a

veces también bellos por dentro, estos libros descubrieron al lector algunos de los escritores que pronto ocuparían la atención de la crítica. Como ayuda, Juan José pedía a los agraciados quinientos pesos.

También fue muy importante el regreso de Octavio Paz a México. Sin él no hubiéramos hecho lo que hicimos: fue nuestra inspiración y nuestro motor. Paz era brillante, a todo lo que tocaba le confería un nuevo prestigio intelectual.

7. Desde muy temprano me afilié en la que se llamaba izquierda a cielo abierto, sin partidos; o lo que es igual, en la que sus adherentes sufrían ataques de las distintas facciones. Me molestaba ya la Mafia. Periódicamente se organizaban comidas en las que nos juntábamos. Sin darnos cuenta revivíamos el porfirismo: nos sentíamos los dueños de la hacienda y a los demás los tratábamos como peones. Si en 1953 había entrado a la Mafia, en el 55 ya tenía diferencias con algunos de sus componentes y en el 56 o 57 me retiré de ella. El romance fue breve.

No supe afrontar el éxito, que entre nosotros suele ser efímero y casi confidencial. En lugar de consolidar mi incipiente obra literaria me dediqué a soltar la rienda a mis instintos básicos. Influyó mucho en ese entonces un autor al que admiré grandemente, D.H. Lawrence, quien dejó en mí su marca de vitalismo, irracionalismo y amor como fuente primera de todo.

II

LOS SESENTA

1. Los sesenta fueron para mí más o menos continuación de la década anterior. Había descubierto un grupo de escritores que daba los primeros pasos firmes y se situaba en puestos prometedores. Un crítico vale no sólo por lo que opina sino por los escritores que descubre. Si en tu establo sólo hay boxeadores que pelean en las arenas pueblerinas date por perdido. Tienen que pelear en la Arena México o en el Coliseo de los Ángeles por alguna de las ligeras coronas mundiales. Además de descubrir, otra función del crítico es redescubrir. Y yo lo hice con entusiasmo y buenos resultados.

En los años sesenta rompí literariamente con mi grupo, aunque a algunos los sigo admirando a distancia. A partir de entonces me convertí en un francotirador: el que dice lo que piensa y no le importa la opinión de los demás. No defiende intereses de ningún autor o autores ni de ningún rebaño que intente regir la literatura en provecho propio.

Políticamente defendí a Cuba lo más que pude. Fui presidente del Instituto Mexicano Cubano de Relaciones Culturales en el momento más difícil de la Revolución. Fui miembro del consejo de redacción de la revis-

ta *Casa de las Américas*. En esos años la revista *Casa* fue, quizá, la mejor revista de lengua española. Cuando la CIA nos opuso desde París *Mundo Libre*, la revista de Emir Rodríguez Monegal, en la que escribían Fuentes y García Márquez (quien aún no había dado el paso hacia la izquierda profidelista), el triunfo correspondió a nosotros.

En el Fondo de Cultura cooperé para que Orfila, a quien se tildaba de trotskista, se inclinara por los barbudos; me tocó convencerlo también de que había un escritor importante en la isla que se llamaba Alejo Carpentier. Yo conocí a Alejo antes de 1959, por conducto de Rafael Giménez Siles, su editor desde antes de la Guerra Civil española.

El director del Fondo, Orfila, me corrió de la editorial en 1962. Para mí el golpe fue duro. Yo era jefe de redacción de *La Gaceta*. En ella defendíamos a la Revolución Cubana y reprobábamos ciertas medidas políticas y económicas del presidente mexicano en turno. Orfila al correrme tuvo razón y razones. Estas últimas las dejó al poder deductivo del lector. Yo realizaba el trabajo encomendado anómalamente: sin respetar horario, con una libertad que paraba en el libertinaje, recibía en mi oficina a artistas de cine y televisión, a escritores y artistas jóvenes y maduros, me saltaba a la torera a mis jefes inmediatos.

En mi descargo debo decir que *La Gaceta* se convirtió en una influyente revista literaria sin dejar de ser un órgano publicitario. Los programas de radio y televisión fueron los primeros intentos de producir cultura en los medios masivos. El de TV obtuvo varios premios. Mis opiniones críticas como lector de manuscritos hicieron posible varios libros que todavía hoy están vivos.

Entreverados en ese momento Difusión Cultural, el Fondo y “México en la Cultura” apoyamos sólidamente la cultura nacional. Nuestra altanera manera de proceder no fue la correcta: promovimos más enemigos de los necesarios; incurrimos en un pecado difícil de absolver: la pedantería. Sin embargo ciertos productos de nuestra visión estética del mundo aún permanecen vivos en la historia de la cultura mexicana.

2. Al enterarse de mi salida del Fondo, Giménez Siles me llamó y generosamente me dijo: “Martín Luis Guzmán y yo deseamos hacerle una proposición. (Antes y como muestra de cariño me envió, envueltas para regalo, las obras completas de Balzac traducidas admirablemente por Aurelio Garzón del Camino y editadas por don Rafael.) Si le interesa, nos gustaría que nos asesorara literariamente”. Acepté. Pronto comenzó una nueva etapa en Empresas Editoriales. Nos dedicamos exclusivamente a difundir autores y temas mexicanos en un momento en el que la industria editorial no se preocupaba por nuestros más valiosos textos antiguos y modernos.

En Empresas Editoriales seguimos dos líneas: la publicación de nuestros clásicos vivos y la ayuda a los jóvenes más prometedores. Surgen así *Toda la prosa* y *La*

vida en México por periodos presidenciales, de Cárdenas a Alemán, escritas por Salvador Novo, las antologías de poesía del XIX y el XX hechas por Pacheco y Monsiváis, y dos libros míos: *19 protagonistas de la literatura mexicana* y la antología *El cuento mexicano del siglo XX*. Inventamos una colección que no fue bien recibida, Un Mexicano y su Obra, para la que escribí con mucho esfuerzo un libro sobre Jaime Torres Bodet. Por primera vez entre nosotros se usó una estructura en la que están presentes tres puntos de vista: yo, es decir Carballo; tú, que corresponde a Torres Bodet; y ellos, que se refiere a los críticos que enjuiciaron a don Jaime desde que se publicó *Fervor* en 1918 hasta 1975. Me costó años de trabajo y lo hice porque Torres Bodet me abrumó con su firme y amistosa insistencia. Durante una larga temporada nos vimos dos veces por semana y no recuerdo haber recibido de él una taza de café. Nunca se dio cuenta de que hablaba con un ser humano y no con una máquina; él mismo se trataba y actuaba como una máquina puesta al servicio de los demás.

Por otra parte estaban las autobiografías precoces o como algunos las llamaban procaces. En la colección figuraron escritores de las más opuestas ideologías y formas de practicar la literatura: Carlos Monsiváis y Salvador Elizondo, la izquierda y la derecha, la clase media y la alta burguesía; católicos de vanguardia como Vicente Leñero; apolíticos militantes como Juan Vicente Melo; cuentistas en vísperas de escribir novelas como Sergio Pitlor; abanderados de las recetas literarias y vitales de ese momento, introductores de la música joven (el rock) en novelas y cuentos como José Agustín y Gustavo Sáinz; el sumo pontífice de un erotismo azucarado y simplón como Juan García Ponce; el poeta sonámbulo, a veces poeticista y a veces surrealista como Marco Antonio Montes de Oca. El texto que me entregó José de la Colina no apareció porque Giménez Siles tuvo broncas tiempo atrás (no superadas) con el padre de Pepe. El libro de José Emilio Pacheco que anunciamos en la segunda de forros a partir del primer título nunca fue ni siquiera iniciado: el autor no se atrevió a bucear en su yo profundo.

19 protagonistas de la literatura mexicana es un libro-aluvión: en él dejé constancia de autores que conocí, traté, dialogué y escribí sobre ellos numerosas veces, del Ateneo de la Juventud a Carlos Fuentes. Es la minuciosa labor de un crítico e historiador de la literatura que ama su profesión. A partir de la adolescencia me ha apasionado lo biográfico y lo autobiográfico: los diarios, los epistolarios, los libros de viajes, las cartas, las memorias. Una prueba son estos *19 protagonistas*. Antes de entrevistar a cada uno de ellos me preparaba intensamente durante varios meses. Hoy, dado el aumento del número de entrevistados, el libro se llama *Protagonistas de la literatura mexicana*.

La que agrupa a cuentistas mexicanos del siglo XX es una antología novedosa. Abre con un prólogo de más de cien páginas (impensable en esos años) donde recojo las notas bibliográficas que fui publicando conforme aparecían las obras que yo consideraba importantes. Eso le dio al libro interés belicoso, pero le quitó rigor académico. El prólogo es apasionado y en líneas generales cauto. Un hecho es cierto: he sido tolerante con mis enemigos. He sabido observar sus errores y apreciar sus virtudes, y lo he dicho públicamente. No los descalifico ni los ignoro: los juzgo. Esta antología, *El cuento mexicano del siglo XX*, es una prueba de ello. El libro muestra un amplio conocimiento de nuestra literatura, de la latinoamericana y escasamente de la universal.

La cronología es importante y en su momento novedosa: fue la primera que se emprendió en éste y otros ámbitos del idioma. Durante un tiempo se puso de moda usar sus datos y no citar su procedencia. Me han utilizado a diestra y siniestra sin tomarse el trabajo de mencionarme. Leo con frecuencia artículos y libros de crítica en los que no aparece mi nombre pero sí mis ideas. Acepto el juego: si pegas, te pegan. Sé que mi manera de actuar no es sencilla, pero en mis notas críticas he dicho lo que pienso sin escatimar elogios y censuras. Otra novedad, no se había recopilado una bibliografía tan exhaustiva como la mía: allí enlisto los libros que se publicaron entre 1915 y 1964: los malos, los regulares, los buenos y los excelentes.

Cinco autores son para mí, además de la columna vertebral del libro, los principales narradores de textos cortos durante los primeros sesenta años del siglo XX: Julio Torri, Efrén Hernández, Juan José Arreola, José Revueltas y Juan Rulfo. Me tocó también la fortuna de lanzar al mercado a dos cuentistas: una excepcional, Elena Garro, y otra simplemente excelente, Inés Arredondo.

Si nos ocupamos de los jóvenes con las autobiografías precoces, también atendimos a los maestros en retirada, a los que pedimos que escribieran una carta-testamento dirigida a los jóvenes que practicaban sus mismos quehaceres. Enumero a unos cuantos: Vicente Lombardo Toledano, Jesús Silva Herzog, Alfonso Caso, Francisco L. Urquiza.

En general los libros de Empresas Editoriales fueron muy comentados y poco exitosos en cuanto a la venta: tardaron años en agotarse. Los resultados económicos fueron desalentadores. Cuando Guzmán y Giménez Siles se cansaron de perder dinero acabó este hermoso proyecto editorial.

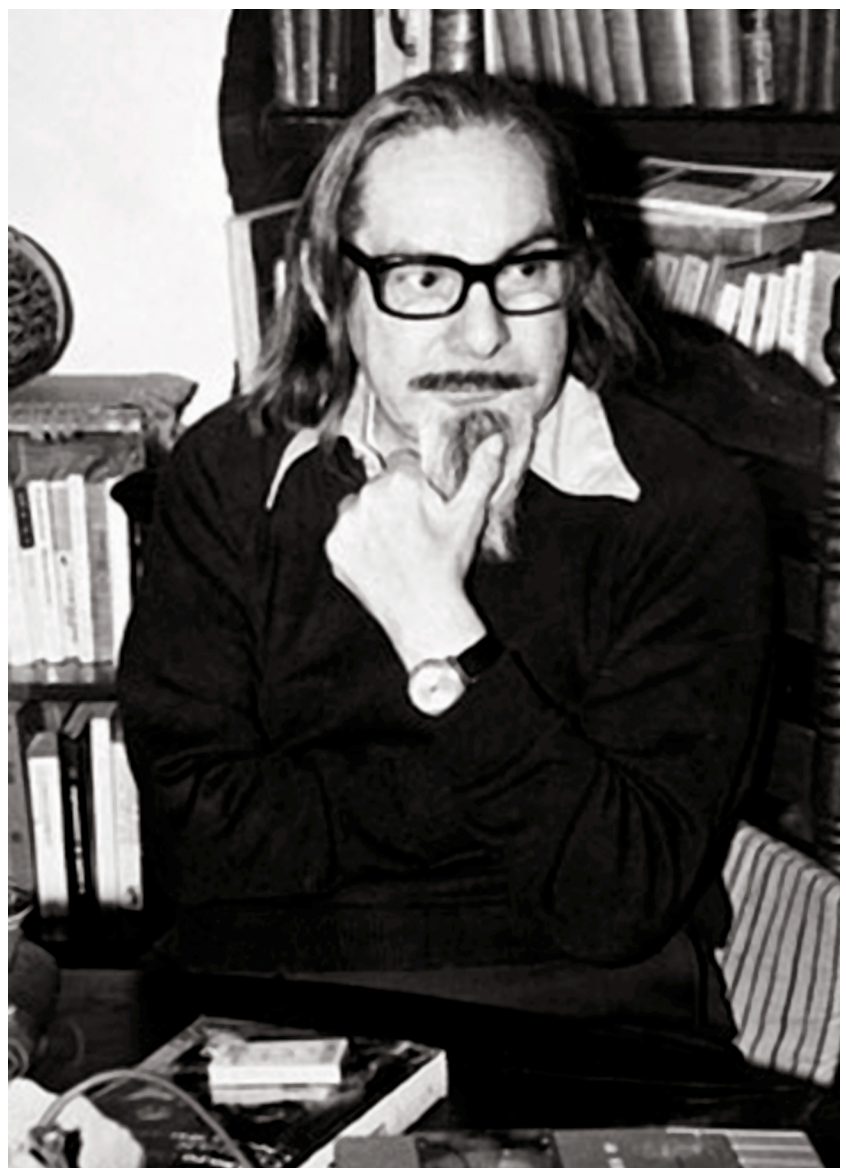
3. Una nueva casa editora, Diógenes, comenzó en 1966. Don Rafael y yo tuvimos en nuestras manos manuscritos importantes de los escritores de la "onda" (*Gazapo* y *De perfil*, por ejemplo), de otros escritores y los pasamos a los editores adecuados. El éxito ajeno nos llevó a pensar que no sería mal negocio ocuparnos de los jó-

venes famosos y también de los vehementes muchachos inéditos. Nunca segundas partes superan a la primera.

Dimos a conocer a Mauricio González de la Garza (un proyecto de Bulnes que paró en Blanco Moheno), al peruano Edmundo de los Ríos, al colombiano Umberto Valverde, al ecuatoriano Miguel Donoso Pareja, al contestatario cubano Reinaldo Arenas, a los mexicanos Parménides García Saldaña y Orlando Ortiz. Tuvimos el tino de introducir en México a Mario Benedetti con su tierna y bien intencionada novela *La tregua*.

En un principio Giménez Siles y yo tuvimos cada uno el 50 por ciento de las acciones. Al año chocaron nuestros criterios (cuestión de puntos de vista opuestos de dos generaciones distintas) y yo le compré su parte.

Diógenes cumplió la función para la cual fue creada: primero publicar escritores desconocidos con talento tanto propios como ajenos; también difundir libros sobre la Revolución Cubana y los grupos guerrilleros mejor orientados del continente (los Tupamayos y los Sandinistas antes de que llegaran al poder); los clásicos malditos del marxismo; la monumental obra de Karl Von Clausewitz, *De la guerra*; los textos sobre México de



José Revueltas



Jaime Sabines

Lawrence; por último mandamos preparar, a especialistas, textos antológicos sobre literatura y cultura mexicanas. Fuimos la más vieja y arriesgada de las editoriales pequeñas.

4. Por esos años también promoví el suplemento cultural del periódico *Ovaciones* en compañía de Leal Cortés. Abrimos las puertas a José Agustín, Gustavo Sainz, René Avilés Fabila, Gerardo de la Torre y otros más que ya no recuerdo. Todos eran furiosamente antipacistas, antifuentistas y antiintelectualistas. Además coincidían con mi línea de ese momento: el vitalismo y la revolución. Me unió con ellos asimismo el pleito que sostenía con mis antiguos correligionarios.

El paraíso de los sesenta fue el de los “onderos”: Agustín, Sainz y Parménides. Me la jugué por ellos y la historia no me torció la boca despectivamente. Hice lo que debía hacer en ese momento. Supuse que había terminado el elitismo, la época de los mandarines y los grandes señores: llegó el tiempo de vivir intelectualmente hablando en chozas y tiendas de campaña. Y el 68 de pronto, sorpresivamente, hizo acto de presencia. Fui a asambleas, mítines y manifestaciones. Soy uno de los pocos sobrevivientes de la Plaza de las Tres Culturas. Al

único escritor que allí encontré fue a Avilés Fabila; los demás, que afirmaron haber asistido, sólo lo hicieron a través de las páginas políticas de los periódicos.

5. A Reinaldo Arenas le había dado un premio la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba), pero como era un homosexual vociferante y crítico del estado de cosas el gobierno daba largas a la publicación del libro. En La Habana, Camila Henríquez Ureña, la hermana de don Pedro, me invitó a almorzar con Reinaldo y me habló con entusiasmo de *El mundo alucinante*. Me traje el original sin pedir permiso a las autoridades culturales correspondientes y rápido lo publiqué. El editor francés de Arenas me solicitó que pusiéramos al libro una fajilla que dijera: “Prohibido en Cuba”. Me negué. A partir de la edición de esta novela mis relaciones con los cubanos empezaron a enfriarse. La gota que derramó el vaso ocurrió cuando poco después del 2 de octubre solicité en La Habana, en una de nuestras reuniones, que el comité de la revista protestara ante el gobierno mexicano por la matanza de estudiantes. Presenté el proyecto a Fernández Retamar, el director de la revista, quien me dijo: “Mira, yo estoy de acuerdo, pero debo consultar con Haydée Santamaría” (directora de Casa de las Américas). Haydée remitió la petición a su esposo Armando Hart (ministro de Cultura), quien a su vez la turnó a una instancia superior. La petición bajó en sentido inverso hasta llegar a Fernández Retamar, quien en buen castellano me dio a entender que a Cuba no le convenía auspiciar una protesta contra Díaz Ordaz: “México es la única puerta expedita que tenemos para comunicarnos con América Latina”. Desde su punto de vista, objetivamente, tenía razón; a mí, en ese momento, me dio una gran rabia: comprendí que para ellos sólo existía un país, el suyo, y que nuestro futuro inmediato no les importaba. Sus planteamientos estéticos, por otra parte, comenzaron a parecerme sectarios y rancios. Respeto y quiero sentimentalmente a Cuba, pero ya no la defiende ni la difundo.

III

LOS SETENTA Y LOS OCHENTA

1. Dejé de pensar como antes pensaba. Nunca lo había dicho, pero es cierto. Me di cuenta de que mis puntos de vista políticos no correspondían algunas veces con lo que hacía o escribía. Replanteé mis ideas y mis afectos. Pasé de la juventud a la madurez, con todo lo que ello implica para bien y para mal. Deseché algunos de mis puntos de vista literarios, políticos, vitales. Me retraje y me puse una vez más a leer a marchas forzadas.

Volví a estudiar con fervor la literatura mexicana del siglo XIX. ¿Cómo hablar del siglo XX sin comprender a

fondo las raíces del siglo anterior? Escribí una historia de la literatura del XIX de más de trescientas cuartillas y otra enorme del periodismo mexicano, del *Diario de México* a *El Imparcial*. Por razones de tamaño permanece todavía inédita. Descubrí algo que me era muy ajeno: la humildad. Los setenta fueron años de dudas, de nuevos entusiasmos, de nuevas amistades.

Bastantes años después de la experiencia de *El Popular*, Enrique Ramírez y Ramírez emprendió una nueva aventura, *El Día*. Estaba convencido de que la prensa que entonces padecíamos (con la excepción de *Excelsior*) era de muy baja calidad. *El Día* destacó de inmediato por la variedad y orientación de las noticias nacionales y sobre todo extranjeras, por la sección de documentos de diversa índole pero siempre de actualidad indiscutible. En las páginas editoriales colaboré durante más o menos diez años. En este periódico dirigí *El Gallo Ilustrado*, al que quise convertir en algo distinto de lo habitual: iniciar entre nosotros el suplemento-libro. Me propuse ayudar a los muchachos que se iniciaban (escritores y lectores) en el conocimiento de su propia literatura y no tenían el dinero necesario para comprar libros. Les entregaba un pequeño libro cada semana. Ésa ha sido una de mis intenciones en los suplementos y páginas culturales que he comandado.

2. En 1985 y 1986 comenzamos a planear una feria del libro algunos amigos y colaboradores de Raúl Padilla, en ese entonces director del Departamento de Intercambio Cultural y Superación Académica de la Universidad de Guadalajara. Entre ellos recuerdo a dos: Trino Padilla y Felipe Garrido. La feria a la que aspirábamos era ambiciosa y se proponía trascender ciudad, estado, país y abarcar el continente americano y España. Desde un principio Raúl coordinó hábilmente el equipo y éste respondió con entusiasmo y talento. Otro de los aciertos de la Feria fue el de instituir un premio que fuera su emblema. De los cinco admirables escritores jaliscienses del siglo XX se escogió a Juan Rulfo porque estaba en la boca de todos y como un homenaje permanente a su memoria. Me siento satisfecho de haber participado en este proyecto hoy considerado como una de las ferias más significativas no sólo del idioma castellano sino de todas las lenguas vivas. En 1987 se abrió por primera vez al público.

3. Fui el crítico más constante y batallador a lo largo de los años cincuenta, sesenta, setenta y ochenta. Me refería en artículos y notas a escritores de mi edad, más jóvenes o a escritores sobresalientes del pasado. Me tocó ser el heredero de José Luis Martínez, quien fue el crítico emblemático de los años cuarenta. Hasta los ochenta devoraba casi todos los libros que se publicaban, fueran buenos o malos. Fui un crítico de tiempo completo. Ahora sólo leo lo que me gusta: la estética que se practica ya no es del todo parecida a la mía. Soy un historia-

dor de la literatura y sigo a ciertos autores que fueron mis maestros o mis compañeros: Paz, Arreola, Rulfo, Revueltas, Garro, Fuentes, Chumacero, Bonifaz Nuño, Sabines, Carballido, Magaña, y a algunos de los escritores que nacieron en los años diez y a lo largo de los veinte. Vuelvo a mis preferencias: el Ateneo, Contemporáneos, algunas joyas del XIX. No conozco a fondo la literatura novohispana y apenas me he asomado a la prehispánica. Y ya no tengo tiempo ni ganas de conocerlas.

No distingo el buen periodismo de la buena literatura. Por pobre siempre he hecho mi obra en los periódicos. Ejercí algún tiempo el periodismo político en *Excelsior* y me despidieron por acelerado: era más de izquierda que Julio Scherer, y a la larga Julio Scherer se volvió más de izquierda que yo. Me echaron también de *El Universal*. El presidente Fox, al que atacé sistemáticamente (era tan fácil), pidió mi separación del diario. El director rápidamente la hizo efectiva. Ya no podía seguir engañándome: en este país no se practica la libertad de prensa: si dices la verdad (sin disfrazarla) te la censuran y si no lo haces quedas mal contigo mismo y la escasa gente para la cual escribes. Abandoné la política y me puse a escribir mi obra en la sección cultural de los periódicos.

Quiero destacar que soy uno de los contados escritores mexicanos que viven de lo que producen: conferencias, artículos periodísticos, correcciones de estilo, fichas para enciclopedias, páginas culturales como las de la revista *Punto*, de la dirección de la revista *Cuadernos de Comunicación*, Empresas Editoriales, la Editorial Diógenes. Durante años y lo digo con orgullo di clases en mi *alma mater*, la Universidad de Guadalajara. He pasado numerosas horas de mi vida ejerciendo labores humildes y mal remuneradas; sin embargo, practicándolas he aprendido algunos secretos pequeños y grandes de la literatura.

No he claudicado; he sido fiel a mí mismo. Aprendí de mamá que mis errores son míos y sólo a mí me pertenecen. Aclaro: puedo equivocarme por incultura o inexperiencia, por precipitación, pero no por provecho personal. Soy una persona honrada. Soy también una persona lúcida y sensible. Cuando se me lea fríamente y sin los actuales prejuicios será un autor útil para entender ciertos años, ciertas escuelas y ciertos autores. Se estará de acuerdo con algunos de mis juicios y en desacuerdo con la mayoría de ellos: la crítica, después de veinticinco años de emitida, es tan obsoleta como un zepelín y yo soy más viejo que un zepelín.

Como crítico me sucederá lo que un día observó Alfonso Reyes: llegará un joven en el último barco y pondrá en tela de juicio todo lo que pensé y edifiqué y se pitorreará de mí. Creo que ya llegó ese joven que va a tener razón como yo la tuve cuando fui irrespetuoso con mis mayores. ■